

Lectura e interpretaciones de los resultados de las recientes elecciones regionales y municipales, según Fernando Tuesta, ex jefe de la ONPE y uno de los expertos más reconocidos en procesos electorales.

# EL MAPA ELECTORAL del archipiélago político

Fernando Tuesta Soldevilla  
Director del Instituto de Opinión Pública de la PUCP

>>> Las elecciones regionales y municipales del 19 de noviembre han reafirmado la precariedad de la relación entre partidos políticos y electores, así como la diferencia entre la elección presidencial y parlamentaria de abril y junio último con esta, medio año después.

## Una desarticulada representación

El elector peruano promedio ha preferido una lista local a un partido político. Un castigo para los partidos, pero también una total desarticulación de la representación política, que prolonga la seria dificultad de los peruanos para construir o reconstruir colectivos políticos que le permitan no solo canalizar sus intereses, sino que estos sean eficientemente agregados y sistematizados. Por eso, esta elección subnacional —regional y muni-

cipal— tiene un impacto considerable en el proceso de descentralización pero también en las relaciones entre los diversos niveles del poder. Así, pues, más allá de lo bueno que pueda resultar premiar a un buen Alcalde con la reelección y castigar con el voto a otros por una mala gestión, lo cierto es que el Perú de hoy construye un archipiélago de su representación política. El intento por ganar las elecciones ha concluido con un reparto del poder entre los competidores tan amplio y disperso de regiones y municipios, que encontrar el buen impacto de la representación política es tan difícil como gobernar Lima.

## Ganancias y pérdidas

Los partidos nacionales, como el Partido Aprista, Unidad Nacional, Restauración Nacional, Sí Cumple, Somos Perú, entre otros, han ganado más municipios que otras organizaciones porque han presentado listas en un número alto de provincias y distritos, pero respecto del universo

total han ganado poco. Es más: su caudal de votos ha descendido si se lo compara con los resultados del 9 abril y, en muchos casos, no se compara con los del 2002.

Quienes han ganado son las variadas listas regionales y locales, mal llamadas independientes. Se las agrupa por oposición a los partidos nacionales, pero es lo único que tienen en común. Por lo tanto, las autoridades de muchos distritos verán solo su localidad, sin perspectiva del conjunto de la provincia. A su vez, los alcaldes provinciales que no provienen del mismo partido reproducirán también esa lógica.

Al APRA le fue mal no solo en Lima, capital que generalmente le da la espalda, sino en varias regiones y provincias, pero sobre todo por la histórica derrota de Trujillo, la primera desde 1963, cuando se instauraron las elecciones directas. Este resultado desfavorable del partido de gobierno no se nota porque a otros partidos como Unidad Nacional, y sobre todo al Partido Nacionalista Peruano, les ha ido peor. En Lima, el triunfo que le permite a Luis Castañeda reelegirse tiene poco que ver con Unidad Nacional, que si bien gana en algunos distritos, desaparece del mapa cuando se aleja de la capital. En el caso del partido de Ollanta Humala, no ha podido canalizar el aluvión electoral de su líder, que, pese a su recorrido por las provincias, casi como candidato, demuestra lo episódico de un respaldo personalista. El triunfo en Arequipa y alguna otra provincia no responde a las expectativas creadas por el humalismo, que tiene un largo y difícil camino para construir una agrupación que vaya más allá de las circunstancias.

Si Somos Perú desciende —perdiendo municipios emblemáticos como Miraflores—, lo mismo ocurre con Restauración Nacional, Acción Popular (AP), Perú Posible, el fujimorista Sí Cumple, todos partidos con representación parlamentaria barridos del mapa electoral y, si no se cuidan, con el peligro de perder su propia inscripción legal. La alternativa y recambio ha sido un listado largo de siglas, muchos de cuyos candidatos han transitado por varias organizaciones, creando una atomización tal que ahora solo se percibe un archipiélago político.

## Violencia electoral

El domingo 19 de noviembre, mientras muchos medios señalaban con una frase convencional y repetida que el país vivía una fiesta democrática y el comportamiento del elector daba muestras de civismo, varios pobladores

Los partidos de alcance nacional son básicamente limeños, pero Lima (ya) no es el Perú.

de Sarayacu en Loreto, Huallanca en Áncash, e incluso Puente Piedra en Lima, interrumpieron las elecciones, destrozaron el material electoral y atacaron diversos locales, especialmente los municipios. Para algunos —no pocos—, las elecciones no son tan festivas, y las reglas no siempre son respetadas.

Ante esto se vuelve a repetir aquel lugar común que señala que los partidos políticos están en crisis. Término impreciso, pues crisis implica un momento grave, es decir, acotado en el tiempo. Aquí, en cambio, se hace referencia a un fenómeno que tiene ya, cuando menos, década y media. Nada puede estar en crisis tanto tiempo, lo que lleva a pensar que lo que tenemos delante es la naturaleza misma de nuestro sistema partidista y no un momento grave de su vida. Todo indica que la organización económica y social que exige inclusión de ciudadanos es una variable que resulta necesario recordar para explicar lo que ocurre en la representación política.

En las últimas elecciones generales se pensaba que el humalismo representaba la franja antisistema anómica que tenía que ser derrotada. En efecto, fue vencida en su pretensión de ganar la Presidencia, como que desaparece del mapa en las elecciones regionales y municipales. Sin embargo, aquellas zonas del territorio nacional que expresaron su adhesión a Humala y antes lo hicieron por Fujimori, hoy votan por listas regionales y locales.

## Las líneas de conflicto

En realidad, el mapa electoral muestra cuando menos dos líneas de conflicto (clivajes): una horizontal (capital-provincias) y otra vertical (nacional-local). Los partidos políticos han mostrado en Lima un desempeño distinto que en las provincias.

En la capital tan solo han ganado dos listas locales de 42 posibles; el resto han quedado en manos de parti-

dos, encabezados por Unidad Nacional. Otro es el caso cuando se trata de las provincias.

En otras palabras, los partidos de alcance nacional son básicamente limeños, pero Lima (ya) no es el Perú. Y las listas locales son cada vez más locales. No es posible estructurar un país cuando los partidos nacionales carecen de raíces que tocan lo local, ni cuando las listas locales no pueden ni pretenden convertirse en nacionales, de manera que lo que tenemos es un archipiélago, que es la figura de la desarticulación y desintegración, que niega la función misma del partido político.

Los partidos políticos nacen con posterioridad a la democracia, que en sus albores supone ciudadanos libres, iguales ante la ley y que acceden al poder gracias a elecciones en las que compiten básicamente como individuos. El sufragio era restringido, censitario, y por eso el cuerpo electoral resultaba pequeño. Con los procesos de modernización, industrialización y urbanización, los derechos se amplían y el número de ciudadanos crece,

razón por la cual intereses y conflictos se manifiestan de manera más amplia y clara. Esos diversos y distintos intereses por ser efectivamente representados y conducidos para ser procesados como políticas, permiten el surgimiento de los partidos políticos. De esta manera, el desarrollo económico y social estuvo acompañado por la integración en el plano de las instituciones, en el que los partidos políticos jugaron un papel fundamental, al agregar y sistematizar los intereses. Así, a mayor integración, partidos más nacionales y enraizados.

## Partidos políticos no integradores

Durante una gran parte de nuestra historia, los partidos no jugaron un papel integrador. Sumidos en estructuras restringidas y excluyentes, los intereses no se incorporaron o se incorporaron poco, cuando no se reprimieron. Apenas en 1980 el sistema político se abre completamente y el sufragio se universaliza de manera definitiva, con la concesión del voto a los analfabetos. Los partidos políticos son incluidos positivamente en la Constitución y las elecciones se desarrollan de manera realmente competitiva, logrando ampliar su presencia y alcance como nunca antes en la historia.

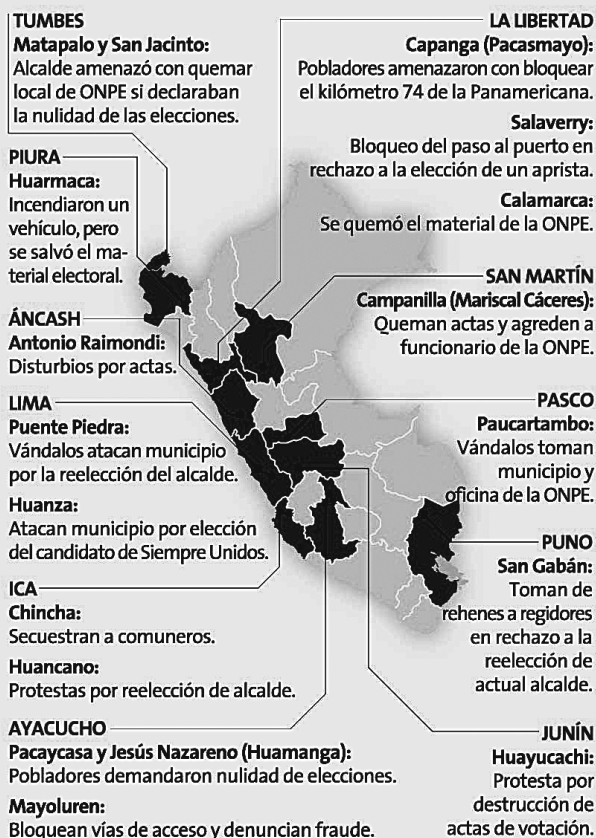
En las elecciones de la década de 1980 los cuatro partidos políticos (el APRA, el PPC, AP y la IU) lograron ganar gobiernos, escaños parlamentarios y municipios. Sin embargo, la inclusión política no estuvo acompañada por un proceso de integración e inclusión social y económica, por lo que Sendero Luminoso, la crisis económica y el narcotráfico se desarrollaron como fenómenos perversos en medio de malos gobiernos.

Los partidos políticos no podían evitar aquello que no supieron reconocer como objetivo impostergable: integrar al país para ser más representativos y permanentes.

El deterioro extremo erosionó todo lo avanzado con el triunfo de Fujimori y lo condujo al desplome del sistema partidista, en el que el profesor de Matemática tuvo su punto de apoyo y generó su propio oxígeno. Los partidos perdieron capacidad de representación y llegaron a lograr tan solo 10 por ciento de los votos. A la hemorragia de votos que sufrieron los partidos le sobrevino el surgimiento, como hongos, de un sinnúmero de organizaciones locales en las que se agazaparon muchos de los que antes arriaban bande-

## Disturbios en todo el país

Registrados hasta el momento luego de las elecciones del 19 de noviembre.



Cuadro elaborado por *Perú.21* sobre la violencia en el último proceso electoral.



Dos de los candidatos ganadores en las recientes elecciones regionales.

ras partidarias, pero, sobre todo, se instaló la política local, cuando no tribal.

La mano dura de Fujimori en un país postrado elaboró la falsa afirmación —pero efectiva para todo autoritarismo— de que el partido político no es necesario, pues “la solución soy yo”. Para qué partidos, si el mismísimo Jefe de Estado se encargaría de llevar carreteras, servicios y regalar como propio aquello generado por todos.

Los partidos no parecían canales sino trabas para la solución de los problemas. A lo más —como Cambio 90, Nueva Mayoría o Vamos Vecino—, cumplían una función de comparsa del poder. Desde inicio de la década de 1990 —y no desde ahora, como se repite— las listas locales lograron más triunfos que los partidos nacionales en elecciones municipales, como ocurrió en 1993, 1995, 1998 y el 2002.

Lo que tenemos en el 2006 es que, si bien los partidos ganan las elecciones generales, pierden las locales en aquellos lugares donde presentan listas, prolongando

la distancia y agravando el problema entre las líneas de conflicto Lima-provincias y lo nacional-local. Pero en un país como el nuestro, cuyo proceso de desarrollo convive con la extrema pobreza y la desarticulación con una descentralización fallida, pasarán los senderos, pero permanecerá el abono para que se violente agresivamente a las instituciones y se rechace a los partidos. El efecto es lo que hemos visto a partir del domingo 19 de noviembre, cuando, cual ludistas ingleses de inicios del siglo XIX, los descontentos destruyeron los locales y los materiales electorales y agredieron a los opositores, intentando impedir las elecciones y erigiéndose como los verdaderos portadores de la representación.

Sin una auténtica y efectiva descentralización, sin procesos de desarrollo realmente inclusivos y con autoridades que incentivan el localismo y el ingreso a la competencia de organizaciones que no cumplen las exigentes normas, no tendremos un país integrado, con partidos políticos representativos, y así la política será cada vez más tribal.